

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL SEPELIO DEL PROF. ABRAHAM SALGAR, POR EL PROF. JORGE BEJARANO EN NOMBRE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

“Señoras, señores:

Si no fuera porque la medicina es ciencia que nos da la clave del destino y de la muerte; si ella no nos habituara a la cotidiana contemplación de este final natural del hombre y de los seres; si ella y nosotros no estuviésemos todos los días enfrentados el uno al otro para vencerla o ser vencidos, podríamos decir que en el curso de estos tres meses, el meridiano del infortunio y del dolor pasa ahora por el cielo de Colombia.

En una clara mañana de Diciembre, se apaga en la lejana ciudad de Rochester, ha ya tres meses, la preciosa existencia de un admirado profesor y amigo inolvidable. Los compañeros y camaradas del profesor Juan N. Corpas, no podemos resignarnos a su ausencia; no podemos admitir que su brillante inteligencia ya no presida las fiestas espirituales de academias y de cátedras.

Y no repuestos aún de tan grande dolor y de tan hondo descalabro, la medicina nacional sufre otro rudo golpe con la desaparición de otro insigne varón que honró a la medicina y que fue espejo de maestros y de amigos. El profesor Abraham Salgar, cuya figura, hace algunos años, era una viva estampa arrancada a la vieja facultad de París, en cuyos anfiteatros oyó y siguió a los más brillantes maestros de la medicina francesa, fue para nosotros sus colegas, el tipo perfecto del profesional que entiende su profesión como un verdadero culto en el que ofician la más desvelada abnegación y la más irreprochable moral. Por esto, sus amigos lo teníamos como símbolo y por esto consideramos que las nuevas generaciones médicas deben venir ante la tumba de este maestro que reunió en grado máximo estas altas virtudes del espíritu médico.

No tuve la fortuna de contarme ni entre sus contemporáneos ni entre los muchos alumnos que escucharon sus lecciones. De aquéllos he sabido que el profesor Salgar, fue acaso uno de los más destacados estudiantes que pasaron por los claustros de Santa Inés y por las salas de San Juan de Dios. Su brillante inteligencia lo llevó a hacer parte de los cuadros que formó uno de nuestros más grandes profesores. Juan Evangelista Manrique, no llamaba a su lado, no aceptaba en su ambiente sino lo que estuviera a la altura de su inteligencia y de su dón magnífico de médico y de apóstol. Abraham Salgar fue de los escogidos, y al lado del profesor Manrique adquirió sus primeros arrestos de cirujano experto y depodado. Años más tarde, nos refería en el seno de la Sociedad de Biología, donde yo lo ví veinticuatro horas antes de caer fulminado por la dolencia que lo entrega a la tierra, que él había abandonado la cirugía ante la seducción irresistible de la clínica interna, de esta ciencia apasionadora, de la que él fue tan alto exponente y tan afortunado intérprete.

De éstos, es decir, de sus discípulos, que lo fueron en gran número, unánime es el concepto de que el profesor Salgar unía a sus dotes magníficas de clínico consumado, una fácil palabra doblada de la más sorprendente erudición. La cátedra de clínica terapéutica fue la tribuna desde la cual enseñó a sus discípulos la verdad de este eterno axioma que él pareció comprender en toda su excelsitud: "La medicina científica es la resultante de la unión íntima entre la Fisiología y la Clínica; el criterio por excelencia de un sistema médico es la Terapéutica."

Si pues la clínica es tener presente "el complicado mecanismo de la existencia animal; llevar permanentemente trazada con línea de luz en el cerebro la carta fisiológica del hombre y poder confrontarla con un corazón que se fatiga, en el brevísimo instante que transcurre entre una y otra palpitación; ante el débil detalle de una pupila que no se contrae, o ante el sonido especial del dedo que percute y busca la cifra enigmática que ilumine un misterio patológico", ella, digo, sería ciencia mala o incompleta si la mente del médico, ya encontrada la vía que lo condujo por aquel oscuro laberinto, "no hallara la redentora fórmula que restablece el equilibrio y que restaura las minadas fuerzas".

En el profesor Salgar se conjuran la virtud clínica y la virtud terapéutica. A la grandeza y precisión del diagnóstico, que él formulaba con los datos profundos de la fisiología, se sumaba la riqueza

terapéutica que si en todas las veces no alcanzaba la victoria al menos daba la esperanza. La esperanza, tenue o esplendorosa luz, que arde siempre en las pupilas del hombre, aún ya moribundo. Por ella, tócanos a los médicos "representar en el perenne drama de los dolores humanos, el papel del Destino en la tragedia griega".

Muchos fueron los títulos que alcanzó el profesor Salgar desde que su juventud fue consagrada en marzo de 1902 al sacerdocio de la medicina. Pero ninguno tiene para mí el alto alcance de lo humano y de lo piadoso, como el de haber sido médico de la Sociedad de San Vicente de Paúl, en cuyo ejercicio llegó a sentir como ninguno otro, la elación y el goce de aquel sublime santo que fue el precursor de la Medicina Social. "Hay títulos grandes, dijo en ocasión memorable el maestro Valencia, en cuyo seguimiento corren desalados los hombres; insignias frágiles hay que ellos se arrebatan ceñidos y violentos; hay laureles que gotean sangre humana, enloquecedora y bravía; ¡huíd palabras! ¡pasad insignias! ¡atrás laureles! Sólo existe para mí un título grande: el de consolador de los que lloran: una insignia gloriosa: la que signifique su precio; un lauro codiciable: el que se conquiste aliviándolos." Escritas fueron estas memorables palabras para hacer un día la exégesis del gran Manrique. Años después yo les rememoro para aplicarlas con justicia y precisión al gran discípulo del ilustre colombiano que un día se durmió dulcemente arrullado por música marina allá en la lejana San Sebastián de España.

Virtud elogiada por los hombres, es la modestia. Yo encuentro que si ella es un dón que nos consagre al cariño de humildes y de grandes, en cambio suéle también, a veces, disimular, ocultar los grandes valores humanos. Tal ocurría en el caso del profesor Salgar, cuya ingénita modestia, hizo esfuerzos por ocultar su robusta personalidad. Sin embargo, no lo logró y por esto lo vemos llegar a posiciones que él no buscó sino que vinieron a él en razón de sus méritos intrínsecos. Así lo sorprendieron los títulos de profesor de la Facultad de Medicina en diferentes cátedras; el de miembro de la Sociedad de Cirugía y el de miembro de la Academia de Medicina, en la cual llegó a la presidencia en julio del año pasado. Todavía recuerdo el emocionado discurso que pronunció en la posesión y en todo él se reflejaba el sincero estupor que le había producido el honor que justiciéramente le había discernido la Academia a uno de sus más ilustres representantes.

La muerte lo sorprendió en pleno vigor y cuando todavía sus

discípulos tenían tanto que aprender de su noble vida y de su ciencia.

La Academia de Medicina, en cuyo nombre hablo, ha querido asociarse a este duelo nacional y me ha pedido hacer el elogio de su insigne presidente, de este perpetuo enamorado de la medicina y de la clínica. Mis palabras, al fin palabras, son tributo efímero. Pero no lo es el dolor de quienes venimos hasta aquí para decir adiós al más ilustre varón, ni menos puede serlo el eco perdurable de su sabiduría la transmitida a sus discípulos y el dón munífico de haber sido un excelso ciudadano.

(Tomado de "El Siglo", marzo 30 de 1945.)